

# SIBERIADA

La historia es, en el film de Andrei Mijalkov-Konchalovski, una reflexión sobre el destino y una visión esperanzada del futuro.

**A** L filme se abre con el invierno de 1900, cruda y dura estación de la nieve en una Rusia rigurosamente jerarquizada, y se cierra en la segunda parte, más de sesenta años después, con las primeras nieves del otoño. Comienza la acción con la llegada a una aldea siberiana de un fugitivo de la policía zarista, visionario de sociedades futuras donde la gente habita «ciudades de sol» y termina con las llamaradas del petróleo y el gas que la tierra vomita contra el cielo helado de la Rusia soviética. Entre ambos momentos, los habitantes de la aldea viven, mueren, aman y luchan. Reciben en su seno las contradicciones de un mundo exterior que se agita más allá de la tundra y sobrellevan la vejez, la soledad y el infortunio.

### EL CORAJE Y LA TIERRA

Un generoso aliento épico recorre todo el filme. Como en los cantos homéricos, la moraleja implícita en él es: la vida sólo se conquista con coraje. Un coraje grandioso, con acentos místicos como el que marca la vida de Afanasia, dispuesto a abrir un camino a través del bosque, intento en el que empeña y consume su vida. Inspiración heredada también por su hijo, que busca aquello que esconde la tierra, pero que no acierta a encontrar. Es el mismo sentimiento que impregna la vida de su nieto Alexei, que combatirá en la guerra contra la ocupación alemana y volverá para descubrir lo que se negó a su padre y, con las primeras, impetuosas y sobrecogedoras llamas que suben desde el corazón de la tierra, perderá la vida porque la épica necesita de héroes cuya dimensión crece cuando se enfrentan a lo inexorable. Coraje es también el de la madre de Alexei, que abandona su aldea para combatir y morir, atrozmente (como su hijo, muchos años después, envuelto en llamas), por la revolución que recorría el país armando a los desposeídos.

El otro elemento fundamental de la épica

es el carácter nacional. La voluntad colectiva de los pueblos, el apego a la tierra como espacio propio, como regazo materno, como límite conocido, escenario de la vida y custodio de la muerte.

El coraje y la tierra son, pues, los dos términos que impregnan la vida de los «héroes» de «Siberiada». Pero, como en los filmes de la Rusia de los años veinte, está la lucha entre lo viejo y lo nuevo. El tío de Alexei encarna la tendencia de lo viejo. Es el temperamento trágico del filme, con el rostro vuelto hacia el pasado, pero incapaz de salvar de él lo único que subsiste: esa verde extensión de tierra donde han vivido sus padres y sus abuelos. La aldea está ante una disyuntiva: se logra extraer petróleo o las aguas anegarán toda su superficie para dar lugar a una represa monumental. El se ha negado, inútilmente a que busquen en las entrañas de la tierra, a que escarben allí donde reposan los restos de sus antepasados. (Los muertos legitiman con la presencia de sus restos, la existencia de los vivos). Su negativa a avanzar es el camino de la autodestrucción. El primer secretario del partido comunista de la provincia, originario de la aldea, desafía a los «chupatintas de Moscú»; quiere seguir buscando para salvar

a su tierra de la invasión uniforme de las aguas. Recuerda un poco al personaje de Furmanov, el comisario político de «Chapaiev» (1934) de S. y G. Vasiliev, por su mesura, su espíritu de educador, porque de alguna manera, «posee la verdad». Pero es el Furmanov del post-estalinismo. Más que el paradigma del militante, personaliza el desencanto, el agobio del funcionario. Logrará finalmente su propósito y los muertos, el espíritu de la tierra, desfilarán ante él y lo abrazarán en la secuencia final. Frente a los «chupatintas de Moscú» ha ganado. Queda una amarga certeza: la rebeldía sólo es posible si se tiene éxito. Todo rebelde que fracasa es un traidor, más por fracasar que por desafiarse.

## HISTORIA Y NATURALEZA

Se ha dicho que los libros de Historia y también los films históricos, conservan de la Historia sólo aquello que legitima el poder de los que gobiernan. «Siberiada» no se resiste a esta afirmación. A pesar de ello, tiene cierta grandeza. Está en la construcción de los personajes, en esa condición de exiliados dentro de su propio país, de habitantes de la zona de destierro: «Más allá de Siberia no se destierra»; en las secuencias «sin color» en las que se respira la premonición de la muerte: en un clima de alucinación, los personajes se hunden en las ciénagas y pantanos, entre el gorgoteo incesante de las emanaciones de gas. Son imágenes que carecen de color. No son propiamente en blanco y negro. Más bien tienen una pátina, una viscosidad adherida que esconde el color. (El film se sostiene sobre el ciclo natural de las estaciones: comienza en invierno, se desarrolla en una larga primavera - verano y finaliza en otoño. Su ritmo está además cortado por secuencias de material documental, que insertan los acontecimientos exteriores a la vida de la aldea).

En el embeleso con que se muestra la tundra, el bosque, el majestuoso camino «viviente» de Afanasia, el film encuentra algunos de sus mejores momentos, que lo aproximan al «Dersu Uzala» de Kurosawa. Es un paisaje que no facilita la vida pero la tolera. Los personajes se sumergen en él para perderse o para arrancarle los elementos para su subsistencia: ciénagas y gigantescos hormigueros de infatigable movimiento o setas que *mitigan el hambre* y fresas dulces y rojas que encienden la primavera sobre la tierra.



Esta tensión entre la Naturaleza y el hombre, entre lo social y lo natural, entre el progreso y el atraso, entre la aldea y la ciudad, entre lo colectivo y lo individual, entre el espacio y el tiempo recorre todo el film, al igual que ese anciano, «el abuelo eterno», transita los años a la manera del poeta ciego que canta la epopeya.

## ¿FIN O PRINCIPIO?

El cine épico suele estar transido de una visión optimista, idílica, iniciática. El carácter épico está ligado en el Arte, a las grandes empresas humanas, a una confianza en la propia fuerza y a una luminosa concepción del destino. Con la épica de los primeros años de la Revolución Rusa se hundía una tenebrosa visión de la vida y el futuro se abría inconmensurable. La épica del western y la conquista del oeste era el canto de una sociedad convencida de su destino y de la expansión ilimitada de su bienestar. A esta vehemencia adolescente le sucedió el desencanto. A la épica le sucedió la tragedia. Los poetas rusos se suicidaron en otoño. Los cowboys de las praderas miraron el fin de sus días con el rostro enrojecido por el crepúsculo.

Queda entonces la pregunta: «Siberiada», ¿es la épica tardía de una sociedad que, en pocos años ha cruzado un camino gigantesco, con una intensa, dolorosa y contradictoria experiencia? ¿O es, por el contrario, como preveía Isaac Deutscher, que, «...La Unión Soviética está viviendo aún una etapa intermedia entre dos épocas, un interludio en el que todavía perviven las nieblas opresivas del pasado, pero donde se barrunta ya el hábito del futuro?».

Si así fuera, «Siberiada» es sólo el comienzo.  
**■ ALBERTO GARCIA FERRER**